



Cuando volvamos
a ver el mar

Heredia, María Fernanda

Cuando volvamos a ver el mar / María Fernanda Heredia ; ilustración Sindy Elefante. --Editor Fanuel Hanán Díaz.

Bogotá : Educactiva S.A.S., 2021.

192 páginas : ilustraciones ; 13,5 x 20 cm. - (Torre Azul)

ISBN 978-958-00-1957-2

1. Literatura infantil 2. Novela infantil 3. Humor en la literatura 4. Pandemias 5. Niños y adultos 6. Relaciones intergeneracionales I. Heredia, María Fernanda II. Elefante, Sindy, ilustradora III. Hanán Díaz, Fanuel, editor IV. Serie.

I863.6

CEP- Educactiva S.A.S.

Cuando volvamos a ver el mar

© María Fernanda Heredia, 2021

© Educactiva S. A. S., 2021

Avenida El Dorado N.º 90-10, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación

“N”/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: Educactiva S. A. S., 2021

Edición: Fanuel Hanán Díaz

Corrección: Marco Cardona Giraldo

Ilustraciones: Sindy Elefante

Diagramación: Alejandra Sierra Gómez

Jefe Centro de Diseño: Gloria Esperanza Vásquez

Impreso por

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

61096454

ISBN: 978-958-00-1957-2



Cuando volvamos a ver el mar

María Fernanda Heredia

Ilustraciones
Sindy Elefante

 **Norma**

www.normainfantilyjuvenil.com/co

*A mis padres, a mis hermanas y a Javier, que
son mi tribu y mi amor.*

A Laura, Toño, Marifer y Bruno.

Contenido

La noticia	11
Pato y Paty	17
La decisión	27
La teoría de las afinidades	33
Tres fichas de colores	47
Un aroma extraño	57
Día uno. Sábado	69
La primera semana.....	75
Hansel.....	85
Monstruo	95
El otro monstruo	105
Estar.....	113
Cuarentena	123
Uno no debería estar lejos de los que ama..	133
Juli	143
847 Marios	149
Mario.....	159
Tiempo de reencuentro	161
Las fotos	167
De vuelta a casa	173
Decirlo con el corazón	179
Epílogo.....	185

1. La noticia

Aquella tarde Paty y Pato llegaron a casa preocupados, se encerraron en su habitación, conversaron por larguísimos minutos y tomaron decisiones urgentes.

—¿Estás segura de que debemos hacerlo, Paty?

—Sí, Pato, estoy segurísima.

—Pero va a ser muy difícil.

—Sí, pero no hay otra salida.

—Bueno, dales la noticia a los niños, pero hazlo con mucho tacto y delicadeza para que no se preocupen.

La doctora Paty García era buenísima en muchos aspectos, pero era un desastre para hablar

con tacto y delicadeza. Abrió la puerta de la habitación y gritó:

—¡Niños, hagan maletas! ¡Se van de casa!

Mariajosé, la hija mayor de los García, que a sus quince años atravesaba por una espesa adolescencia, hizo una mueca y respondió desde el sofá:

—Ya era hora, mamá, yo tampoco soporto a mis hermanos, me parece muy bien que los echés de casa.

—¡Cuando dije niños también me refería a ti, Mariajosé! ¡Levántate del sofá y obedece, tú también te vas!

La mueca de la hija adolescente subió de intensidad cuando replicó:

—¡Pero no puedes echarnos de casa, mamá!

—No los estoy echando, solo estoy diciendo que se tienen que ir.

—¡Es lo mismo, mamá!

—Bueno, vale, entonces sí los estoy echando, no discutas.

Trini, la menor de los tres hijos, que lloraba casi por cualquier motivo, se puso a sollozar:

—¿Por qué mamá? ¡Buaaaaa! ¡Yo no me quiero ir de casa! ¿Quién va a cuidar al gato si yo me voy? ¡Buaaaaa!

—No tenemos gato, Trini, y deja de llorar.

—¡Es un gato imaginario, mamá, se llama Flu y yo lo cuido! ¡Buaaaaa!

—¿Flu?, ¡pobre gato imaginario! Si le pusiste ese nombre, quizá ya se escapó muy enojado y se fue a buscar otra amiga imaginaria que le ponga un nombre más normal. ¡Obedece!

Emilio no oyó nada porque, como siempre, llevaba los audífonos puestos y estaba escuchando por diezmillonésima vez un documental sobre monstruos y animales legendarios. Fue Mariajosé quien se los quitó de las orejas y le dio la noticia:

—Dice mamá que hagas maleta.

—¿Nos vamos de vacaciones? ¿Nos vamos a la playa? Hace mucho que no vamos al mar.

—¡Ja! Como si no supieras que el tercer apellido de nuestros padres es “Ahora no hay dinero para eso”. Por el tono de voz de mamá, creo que nos van a hacer lo mismo que a Hansel y Gretel.

—¿Hansel y Gretel? No sé quiénes son, ya sabes que a mí no me gusta el reguetón.

Mariajosé puso los ojos en blanco, se tomó de la cabeza y dijo:

—Ay, Emilio, a veces olvido que solo tienes una neurona y que la tienes ocupada con tus

monstruos. Hansel y Gretel son los personajes de un cuento. Eran hermanos, sus papás no tenían dinero, por eso los abandonaron en medio de un bosque.

Mariajosé le contó brevemente la historia de aquellos dos hermanitos, y de cómo el astuto Hansel fue dejando en el camino miguitas de pan para reconocer la ruta de regreso a casa, de lo que pasó cuando las aves del bosque se comieron esas miguitas, de la casita de chocolate que encontraron en medio de los árboles y de la bruja malvada que los capturó. Emilio seguía sin entender qué rayos tenía que ver ese cuento con sus papás y con la maleta.

Le habría gustado decirle a su hermana: “Muchas gracias, Mariajosé, pero el cuento de Walter y Pretzel me importa un rábano”, pero ella era más grande y además tenía una excelente puntería para el manotazo, el cocacho y el bofetón, así es que a él no le quedó otra alternativa que escuchar el cuento completo.

De pronto un nuevo grito de su madre se volvió a oír desde la puerta de la habitación:

—¡Y no olviden guardar cepillo de dientes y pijama!

Mariajosé miró a su hermano y le dijo:

—Dale, Hansel-Emilio, ve a guardar migas de pan en el bolsillo. Esto va en serio, nos echan.

Él, entre asustado y confiado, contestó:

—¡No pueden echarnos de casa! Debe ser una broma, mamá siempre hace bromas.

Un grito final de la madre retumbó en toda la casa:

—¡Si en diez minutos no están listos con sus maletas en la puerta, se irán con lo que lleven puesto! ¡Avisados!

2. Pato y Paty

Patricia y Patricio García, los padres de Mariajosé, Emilio y Trini, eran médicos.

Para abreviar y como una forma cariñosa, a ella le llamaban Paty y a él Pato (bueno él lo llamaban así no solo para abreviar sino también por su peculiar manera de caminar, balanceándose de un lado a otro, como si le pesaran las orejas).

Se habían conocido en la facultad cuando iniciaban la carrera de Medicina y se enamoraron a primera vista.

Como Paty era una chica extrovertida y conversadora, y Pato era un muchacho tímido y solitario, fue ella quien dio el primer paso. Una mañana, antes de entrar a clases, se acercó a él y le dijo:

—¿Sabes, Pato? Tú y yo tenemos algo en común. Él, nervioso, respondió:

—¿Algo en común? ¿Nuestros nombres, Paty?

—Bueno, sí, pero hay algo más.

—¿Algo más?, ¿qué puede ser...? ¿Nuestras orejas ligeramente grandes?

—¿Me estás llamado orejona?!

—No, Paty, no, perdona, no quise...

—¡No importa, bobo! ¡Me gustan mis orejas! Pero me refiero a otra cosa que tú y yo tenemos en común.

—No sé a qué te refieres —dijo Pato, que por un momento había estado a punto de mencionar que ambos tenían las piernas flacas, como dos espaguetis, pero prefirió quedarse callado.

—Lo que tenemos en común —dijo Paty, sonriendo con coquetería— son nuestros pulmones...

Pato se quedó sin saber qué decir, ¿qué significaba eso? ¿Acaso era un chiste de estudiantes de Medicina?

—No entiendo.

—Me refiero a que me he dado cuenta de que, cada vez que me miras, suspiras tan profundamente que al soltar el aire tus pulmones se vacían. Y a mí... a veces me pasa lo mismo.

Ella le guiñó un ojo, se despidió y entró al salón de clase.

Pato, lento de reacciones, no pudo decir nada hasta después de dos semanas, cuando se le ocurrió algo y tuvo el coraje suficiente para acercarse a Paty y devolverle un comentario muy romántico (bueno, romántico para quien entienda de medicina):

—¿Sabes, Paty? Hay algo más que tú y yo tenemos en común.

—¿Ah sí?, ¿qué es?

—Nuestros vasos.

—¿Qué vasos? ¿Los vasos de refresco?, ¿los vasos de leche?, ¿de cerveza?

—¡No! ¡Los vasos sanguíneos! Me refiero específicamente a los vasos de nuestras mejillas, esos que se dilatan cuando nos miramos y genera un mayor flujo sanguíneo, produciendo así un repentino cambio de color en el rostro.

Paty se quedó pensando un momento.

—Ahhh, ¿te refieres a que nos ponemos colorados?

—Ajá.

Pato sonrió nervioso y Paty sonrió emocionada.

Y así, ambos, con los vasos sanguíneos dilatados y las mejillas enrojecidas, se dieron su primer beso, hasta quedarse sin aire.

